Los que comen gusanos.

Federico Rolla

La anciana conocía bien aquella caverna. Los suyos habían recorrido durante generaciones todos sus pasillos y cámaras interiores. En los fondos mas reclusos se apilaban restos de los antecesores muertos. No se trataba de pilas funerarias o lugares sacramentales. Sino sencillamente de depósitos mortuorios en los que escondían los cadáveres para evitar, por una parte, que alimañas y carroñeros se acercaran al asentamiento, y por la otra, que los nuevos vecinos del otro lado del valle quisieran acceder a ellos para comerlos. Los habían visto en ocasiones abrir cráneos de cadáveres de su propia estirpe para alimentarse de la pulpa interior y sentían horror ante esa posibilidad. La propia anciana, que ahora miraba con sus ojos en blanco aquello que sucedía afuera de la caverna, se había preguntado del por qué de tan aciaga costumbre. Parecía algo contrario a la supervivencia. Pero en su ensoñación senil lograba ver ahora las cosas con una perspectiva diferente, desentendiéndose ya de ese ciclo de observación y aprendizaje que es la existencia. Desde el interior de la caverna veía a los suyos moverse en torno al fuego y sentía regocijo de haber pertenecido a un grupo que cuidaba de sus miembros incluso cuando estos estuviesen ya muertos. Sin embargo cuando se reunían en torno al fuego tanto ellos como sus vecinos caníbales se comportaban de maneras similares. Y era allí específicamente, junto a la hoguera, que estos dos grupos habían establecido un punto de encuentro en donde intercambiar cultura y tecnología. En torno al fuego había entre ellos un entendimiento común. No tenían un nombre asignado para aquellas criaturas pero habían desarrollado un gesto que usaban para alertarse de su cercanía. Colocaban la palma de una mano con las falanges estiradas contra sus cabezas, en alusión a aquellos inconfundibles cráneos aplanados que los caracterizaba. En su fuero interno muchos pensaban en ellos como “los que comían gusanos”, por que eso es lo que hacían. Tenían como costumbre dejar la carne reposando durante varios días hasta que ésta entraba en un estado de putrefacción tal que las moscas las llenaban de huevos y eventualmente esto permitía la proliferación de gusanos. El hedor que se fermentaba en derredor de estos inusuales manjares parecía no hacerles mella. Los encuentros entre ambos grupos se daban siempre en un estado general de vigilia y cierta tensión, no obstante, aquellas criaturas traían consigo siempre elementos de particular interés, difíciles de desdeñar. A pesar de su limitado lenguaje podían aprender rápidamente el idioma de otros grupos, lo cual los aventajaba para realizar intercambios. Ademas utilizaban las pieles obtenidas de la caza de grandes bestias como vestimentas incluso durante los días de extremo calor. Aquel día uno de los extranjeros había querido explicar cual era el lugar de origen de su raza. Ensayó una serie de lineas e impresiones en el polvillo de tierra reseca del suelo. Insistió durante un tiempo, pero sus pictogramas eran crípticos y torpes. Entonces descartó aquella opción y realizó algo cabal e inesperado. Tomó el femur ya seco de un cadaver animal y lo partió por uno de los extremos, dejando expuestas una serie de salientes filosas. Los espectadores observaban tensos. Clavó el hueso en la tierra lo mas vertical que pudo, miro hacia el sol que flotaba justo sobre sus cabezas y se retiró hacia el cañadón de un rio cercano. El grupo quedó atónito. Durante toda la tarde y hasta el regreso del forastero todos asumieron la prudencia de no modificar aquella creación. Se giró en derredor del femur. Se lo contempló con un afán científico, pretendiendo encontrar aquello que por incapacidad expresiva u omisión se había dejado sin explicación. A fin de cuentas el vecino regresó y satisfecho con lo que vio llevo a cavo lo que en un principio supondría la mas improbable de las acciones. Con el lomo externo de su mano derecha dibujo una linea desde la base del hueso clavado a lo largo de toda la extension de la sombra que este proyectaba sobre el suelo. Con el transcurrir de la tarde una incipiente sombra inicial se había ido alargando en una dirección. Ninguno de los presentes había prestado atención a aquello. Ni siquiera la anciana del grupo, que había permanecido sentada durante largo rato con aquella misma sombra recortándose y torciéndose en los pliegues de sus propias piernas. Entonces el forastero levantó su brazo estirado y con total convicción señaló en una dirección mas o menos perpendicular a la linea de la sombra. Era de allí de donde venia su raza. Permaneció con ellos hasta el caer de la noche. Cuando encendieron el fuego el visitante se retiró hacia el otro lado del valle a juntarse con los propios. Ninguno osó quitar el hueso de su posición. La anciana aun postrada frente a ese totem mortuorio, pensó que le hubiese gustado preguntarle a aquel misterioso ser el por qué de la migración de su manada. Presintió tal vez que habría peligros ahuyentándolos y que tal vez esos peligros siguieran la misma dirección, en cuyo caso también ellos estarían bajo amenaza. Pero pensaba también en que sus propios días estaban llegando a su fin. Los acontecimientos suscitados la habían dejado muy cansada y por primera vez en su vida sintió desinterés por el fuego. Sintió que era su tiempo de morir. Pidió asistencia a los jovenes del grupo para que la llevasen dentro de la caverna. Ingresaron a la anciana y la transportaron con cuidado

hacia la tercera recamara, atravesando un hueco mas bien achatado y de poca altura, para lo cual debieron acostarla y arrastrarla cuidadosamente. Aquella recamara era especial. En ella no había restos de cadáveres, sino un espacio central para un fogón pequeño y una amplia pared con dibujos y manchas practicadas con pigmentos soplados a través de canutillos de cañas. La anciana pidió que se encendiera un fuego y se quemaran algunas flores de Milenrama. Tomó unos trozos de hongos secos que había depositados en una hendidura en la roca y los masticó lentamente. Pronto el ambiente se impregnó de un humo liviano. Mientras los jóvenes terminaban de acomodar su cuerpo contra una de las paredes, recordó, ya imbuida en cierta lisérgia, aquel femur clavado, el sol meridiano, el filo de la mano de aquel sorprendente extranjero cortando un rastro en el somero guadal del exterior de la cueva. Le pareció que aquel dibujo, que en realidad no había sido mas que una linea recta, cargaba detalle y profundidad. Había un elemento de intriga en ese surco rasgado de tierra. Entregó a uno de los jovenes un pedazo de carbón que encontró cerca de la hoguera, haciendo un ademán para que dibujara. El joven se movió en dirección a la pared de los dibujos con el carbón en su mano. Mientras esto sucedía el otro caminó y se interpuso entre el fuego y la pared, permaneciendo allí impertérrito y estático. La sombra de su figura se proyectaba con un leve flamear sobre tantos grafismos acumulados a lo largo de los años. Fue como un oscuro espejismo danzando ominoso frente a la historia contada por los muertos de su raza. La anciana ya sumida en un cabal estado epifánico, ordenó, quién sabe si mediante su voz o apoyada en algún recurso metafísico, que se dibujase el contorno de aquella sombra en la pared. El dibujante siguió el contorno exterior de la figura iniciando desde los bordes inferiores de una pierna en un gesto ascendente hasta la cabeza para nuevamente descender hasta la otra pierna. Pero el mismo movimiento de la sombra, estimulado por el danzar incontenible de las llamas lo obligó a plasmar una figura dinámica, en fuga. Aquel trazo antropomorfo no se parecía a nada de lo que hubiese sido dibujado con anterioridad. Este dibujo narraba desde el movimiento, cómo si el frenetismo del fuego hubiese entrado en el cuerpo dibujado. Los jovenes permanecieron junto a la anciana hasta que esta, entornando sus ojos, abandono definitivamente su existencia. Luego salieron de aquella recamara. El joven que aun sostenía el carbon con su mano lo dejo caer y al salir miró hacia la pared lamentándose de que la anciana hubiese muerto antes que el hubiese comenzado a dibujar.